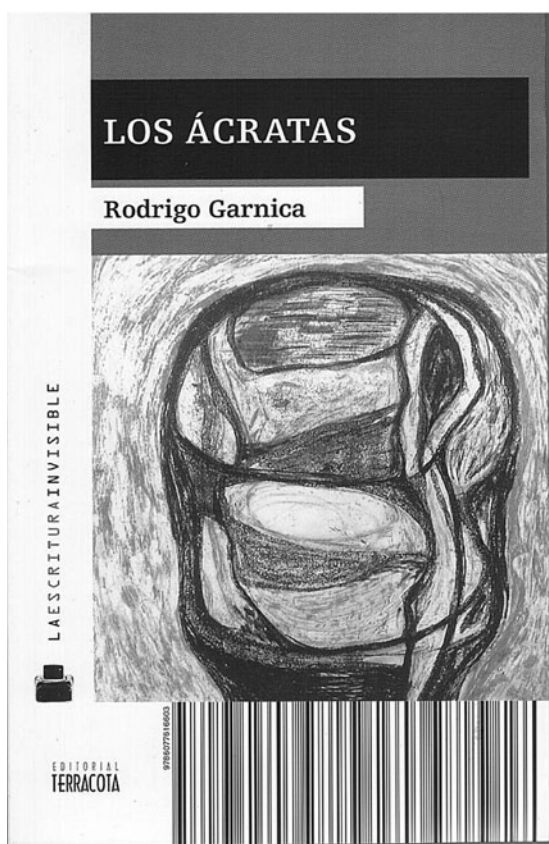


LOS ÁCRATAS, DE RODRIGO GARNICA. EL ABSURDO SENTIDO DE LA VIDA*

Ana María Alba Villalobos

Departamento de Historia, Universidad de Guanajuato



Rodrigo Garnica nació en la Ciudad de México; estudió en la Facultad de Medicina de la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM) y cursó una especialidad en psiquiatría. Sin embargo, su interés por la literatura ha estado siempre latente: es autor de varias obras: *Para aclarar los sucesos* (cuento, 1979), *El botánico y el manicomio* (ensayo, 1997) y las novelas *Mujer de fin de semana* (1981), *Crónica de una noche interminable* (1982), *El íncubo y la doncella* (2002) y *El cerco de tu piel*

* Texto de presentación de la novela, el 29 de abril de 2014, en el Museo Gene Byron.

(2007). Con su novela *La pregunta* obtuvo el Premio Nacional de Novela José Rubén Romero 2003.¹

Los ácratas, de Garnica, publicada en 2012 por la editorial Terracota, obtuvo Premio Narrativa Bellas Artes Colima 2012. Los protagonistas son dos amigos que se han vuelto inseparables: Marcelo y Carmelo, quienes fueron compañeros en la universidad y militaron juntos en un partido de izquierda que, presumiblemente, es el Partido Comunista Mexicano. Se trata de una novela distribuida en diez y seis capítulos, con un orden cronológico en la narración, pero interrumpido con frecuencia por retrospecciones que complementan la información sobre los personajes. El estilo es realista, aunque en ocasiones parezca más bien fársico.

La novela inicia cuando Marcelo asesina deliberadamente a un policía. A partir de ahí se desencadena una serie de sucesos que constituyen un viaje de huida que se transforma en una búsqueda y un encuentro. Marcelo y Carmelo viven en la Ciudad de México como vagabundos, aunque no en la calle, pues rentan un departamento y tienen en él muebles, refrigerador, cafetera y televisor.

¹ Fragmento del boletín de prensa de la Universidad de Colima, donde se informó que el autor obtuvo el Premio Colima de novela 2012. Recuperado de http://www.uco.mx/noticias_boletin.php?id=12354 (consultado el 27 de abril de 2014).

Confundiendo la justicia con la venganza o revancha, Marcelo compra una pistola de alto calibre con la finalidad de convertirse en una especie de súper héroe, como Superman. Manda hacer un traje especial con mallas y con los calzones de fuera, como los de los superhéroes gringos” (p. 22) y, aunque no lo usa completo, muestra una *a* minúscula acentuada (con tilde) en la camiseta, que significa *Ácratas*, nombre que da a su organización terrorista, compuesta por él y su amigo.

Su primera víctima es un policía extorsionador del mercado de abastos, que cobra una cuota a los transportistas. Marcelo conoce el caso por un amigo y decide que su primer golpe será éste. La escena es tan digna de una película de Quentin Tarantino como de la primera página de cualquier periódico de nota roja. Sin embargo, Marcelo no parece sentir remordimientos, por el contrario, este hecho lo anima a seguir en su proyecto de limpieza social del país.

La pareja de amigos son como las dos caras de una misma moneda: uno es ilustrado, el otro no sabe hablar bien; uno es muy delgado y alto, blanco y con calvicie, mientras el otro es gordo, de baja estatura, moreno y con cabello abundante. En principio, podría pensarse que Marcelo es superior a su amigo, sobre todo porque es el que domina en la relación, ya que Carmelo tiene un carácter accesible y se deja llevar e incluso regañar por aquél. No obstante, la razón no está del lado de Marcelo, sino de Carmelo, cuyo sentido común le hace ver lo inútil y contraproducente que resulta

el asesinato que cometió su amigo. No lo juzga moralmente, eso es importante recalcarlo, sino desde la lógica elemental y el sentido común.

A pesar de no sentir remordimiento de conciencia, Marcelo tiene claro que la policía puede estar buscándolo y detenerlo en cualquier momento. Su fantasía lo hizo pensar que su acto terrorista será difundido a través de la televisión y la prensa, y que con ello dará a conocer a los Ácratas, lo que constituye uno de sus objetivos, con base en lo que sus lecturas marxistas señalan. “[...] ¿no te acuerdas lo que decían en el Partido?, ¿la importancia de la propaganda? Si haces las cosas y nadie se entera, ¿de qué sirve?” (p. 57). Esto muestra que tiene un pensamiento, si no dogmático, sí que lo lleva a creer a pie juntillas lo que ha leído sobre el marxismo, a diferencia de su amigo, persona práctica que antes analiza las cosas con base en la experiencia y el conocimiento del mundo real. Tampoco es que tenga los pies en la tierra, puesto que sigue fielmente a su líder, pero no se inhibe para cuestionarle lo que hace.

La crítica ha señalado, ya que esta pareja literaria sigue el camino de otras anteriores, algunas de la picaresca y otras de la literatura del absurdo.² Cada quien hará las asociaciones que pueda, según su bagaje cultural. En mi caso, en cuanto entendí

cómo está estructurada la novela y tuve una imagen mental de los personajes, los relacioné con Don Quijote y Sancho Panza. En primer lugar, por el contraste físico que hay entre ellos, que coincide con el de *Los ácratas*. En segundo lugar, porque ambos hacen un recorrido en el que el alto y delgado guía al otro, que es su acompañante y ayudante (el escudero era Sancho), con el propósito de luchar contra el mal y en defensa de los débiles. Esto hace la diferencia principal entre *Los ácratas* y la novela picaresca. Se ha dicho que los protagonistas son dos pícaros, pero al igual que *El Quijote de la Mancha*, este texto no se inscribe en un género, sino que en él confluyen varios. En *El Quijote* el principal es el de los libros caballerías.

Si Marcelo no hubiera matado al policía, su vida con Carmelo sería la de dos cuasi vagabundos o parias de la sociedad, que trabajan lo mínimo para obtener lo necesario para vivir. Pero ésta es la situación inicial, aunque la novela empiece *in media res*, ambos han llegado a ella convencidos de que no tenía sentido seguir como estaban. Esto es claro en Carmelo, quien abiertamente señala cómo era su vida con su esposa e hijos y cómo, al comprender que ésta era como la de Sísifo, decidió abandonar a su familia. En el caso de Marcelo hay omisiones que nunca se subsanan: promete varias veces contar fragmentos de su vida que ayudarían a entender el porqué de su posición; sobre todo, lo que se refiere al ámbito familiar. Sugiere que su padre murió cuando era niño, pero no aporta más al respecto; también co-

² Para el autor, es más bien una novela del disparate, no tanto del absurdo.

menta que dejó “una cuenta pendiente con alguien que tuvo” (p. 64). Aunque promete ampliar la información, no lo hace y el lector se queda sin saber qué motivaciones íntimas hay en él para haber tomado la decisión que tomó.

Es importante tener en cuenta que los protagonistas estuvieron en los Estados Unidos varios años, y que su estancia ahí no fue satisfactoria. En su rencor social ocupa un lugar central el odio a este país y todo lo que de él proviene. A sus cerca de cincuenta años de edad han recorrido ya un camino que incluye la aspiración frustrada de lograr el sueño americano, además del paso por la relación de pareja. Esto pertenece al ámbito privado. En el ámbito político, el camino recorrido es el de una buena parte de la generación nacida a finales de los cincuenta o principios de los sesenta del siglo XX: hay una formación en el marxismo y una militancia política de izquierda. Algo más propio de un grupo reducido es el anhelo de instalarse en la selva Lacandona, en la selva de Tabasco, “en calidad de sociólogo... o misionero...”. Esto último en el caso de Marcelo, pues Carmelo se fue por otro rumbo. A pesar de saber todo esto, no hay un señalamiento explícito de por qué optó por el terrorismo. Lo que ambos aceptan es que al reencontrarse coincidieron en que su vida no tenía sentido y debían dárselo, pues, como Gregorio Samsa, se han convertido en insectos.

Conscientes de que la policía puede estar detrás de ellos, deciden huir a la provincia y lo hacen. Este viaje es central en

la novela, no tanto por lo que ocurre en él, sino porque agudiza la situación de los personajes, lo que evidencia el absurdo en que se encuentran. Hay un pasaje memorable, el de la comida para el gobernador, que recuerda mucho al Gordo y el Flaco, a Tintán y Marcelo y tantas otras parejas cómicas. Esta parte nos remite al *peladito* del que hablaron Samuel Ramos y Octavio Paz, que quedó plasmado en el cine de Cantinflas y Resortes o “como el cómico ‘Mantequilla’ en cualquier película mexicana vieja” (p. 160). En este punto se empata la literatura del absurdo con la idiosincrasia nacional y la comedia, lo que parece sin sentido es parte del pensamiento mexicano. La actitud autodestructiva y *valemadrista* no nos sorprende, por el contrario, nos hace reír, como en el siguiente diálogo:

Un escritor dijo:

La única razón para hacer las revoluciones es para comer más. No es mala idea; yo siempre tengo hambre, dijo Carmelo animándose. Tienes razón, las personas como tú y yo siempre tenemos hambre de justicia, de democracia, de..., iba a continuar Marcelo, pero Carmelo lo interrumpió con brusquedad: ¡No! yo hablo del hambre de verdad: de unos taquitos al pastor, de un alambre de bistec, de un huarache con su nopal bien fresquesito (p. 69).

A medida que se van alejando de la “civilización” y acercando al campo, se van relajando y sintiendo mejor, pero al mis-

mo tiempo su vida se ve más absurda. Ellos quieren reivindicar su derecho a no hacer nada, pero visto desde lejos es incomprendible. La transformación que se va dando en la novela se centra en el cambio en la percepción que tiene Marcelo sobre lo que hizo y el proyecto que tiene en mente. No sólo está el viaje, sino el constante diálogo con Carmelo, su otro yo, quien lo cuestiona constantemente y le muestra el sinsentido del camino que ha tomado a partir del asesinato.

Más que ser una novela de acciones, *Los ácratas* está construida con palabras. El narrador cuenta menos lo que hacen los personajes, que lo que se dicen entre sí, pero está presente siempre para describir y comentar lo que considera necesario. Su labor consiste en transmitir su diálogo permanente, pero sin darles la voz de manera directa, pues él es quien tiene el control, es el filtro que tamiza sus palabras. Su presencia es tan fuerte que podemos decir que hay un triángulo compuesto por él y sus personajes, que parece un juego de *ping pong* por el ritmo acelerado que le da la voz narrativa. La perspectiva de la policía no aparece; todo está contado desde el punto de vista de los protagonistas, para quienes es una amenaza latente. Marcelo es quien habla la mayor parte del tiempo, pero a la vez es quien se oculta más y da la impresión de ser reiterativo.

Un aspecto fundamental del texto es el tema del anarquismo, lo cual es obvio por su título. Además, al inicio, después de los epígrafes de Flaubert y Beckett, el autor

transcribe dos definiciones de la palabra “ácrata”, según las cuales significa: “partidario de la supresión de toda autoridad” y “partidario de una sociedad sin gobierno”, con dos sinónimos: anarquista y libertario. Esto nos lleva necesariamente a abordar este tema y analizar cómo es tratado por Rodrigo Garnica. Cuando Carmelo le pregunta a su amigo qué quiere decir la palabra ácratas, éste le contesta:

[...] los que no quieren ningún gobierno, ningún mando medio, ningún Director General [...], ningún Jefe de Departamento, ningún Gerente, ningún Capataz, ningún Jefe de Manzana, ningún Rector de ninguna universidad, ningún Secretario de Estado, ningún Presidente de la República, ningún Dios, ninguna Virgen de Guadalupe [...], ningún Papa, ningún Obispo [...], ninguna que mande [...] ninguno que obedezca (p. 23).

En principio, si Marcelo puso como nombre “Los ácratas” a su organización, es porque así se asume, como anarquista, lo cual es reforzado plenamente con su acto terrorista y lo inserta en la tradición del anarquismo mexicano, aunque, por supuesto, no todos los anarquistas son terroristas, ni todo anarquismo deriva en terrorismo. Esto explica las diferencias entre los dos amigos y los constantes cuestionamientos de Carmelo a la forma de actuar de Marcelo, con la que no está de acuerdo. Por otra parte, no hay en la novela referencias al anarquismo mexicano, ni al anarquismo

en general, tanto en lo teórico como en la práctica terrorista, salvo la alusión a algunos textos literarios. Ahora bien, como “grupo”, *Los ácratas* no se vinculan con otros anarquistas-terroristas mexicanos, más bien actúan solos.

Lo que se observa es que su anarquismo deviene de su militancia de izquierda en la juventud. ¿Cómo se pasa del marxismo al anarquismo? Sabemos que Marcelo da el salto, pero para entender por qué no basta la novela, sobre todo porque Carmelo no lo sigue, a pesar de que ambos comparten las mismas ideas. Cada uno representa un grupo: el primero, a los radicales; el segundo, a los moderados. ¿Quién tiene la razón? A lo largo del texto hay argumentos de ambas partes y la respuesta se deduce al final, pero no aparece abiertamente.

En México ha habido una sólida tradición anarquista, cuya máxima expresión fue el partido magonista. Se sabe que este tipo de anarquismo fue militante, y abiertamente se enfrentó al gobierno de Porfirio Díaz. A diferencia de estos ácratas, Marcelo actúa prácticamente solo, como lo hizo José de León Toral cuando mató a Álvaro Obregón, aunque en su caso no era anarquista, sino cristero.

Por último, es importante señalar que el mundo de Marcelo y Carmelo es un mundo sin mujeres. Carmelo huyó de su esposa, al parecer Marcelo también. No hay en él ni una sola voz femenina. Y, aunque podría pensarse que se trata de una pareja de homosexuales, ambos dejan claro que no es así, son férreos amigos,

nada más. Aunque es algo que amerita mayor profundización, me atrevo a proponer que son el mismo, escindido. No es casual que sus nombres sean anagrama el uno del otro, es decir, contienen las mismas letras, pero en diferente orden.³

Sin duda, *Los ácratas* es una novela muy bien escrita, amena, que por supuesto vale la pena leer, pues nos plantea disyuntivas inquietantes de nuestros tiempos violentos y absurdos. Para la gente de mi generación es una síntesis de procesos que hemos vivido de una forma u otra, de la que surge la obligada reflexión sobre el lugar en que estamos parados y en qué medida nos identificamos con Marcelo y/o con Carmelo.

³ Es interesante señalar que el autor comentó que se inspiró en *Mercier y Camier*, de Samuel Beckett, lo que refuerza la influencia de la literatura del absurdo en *Los ácratas*; como es obvio, el anagrama no está presente en el título del autor irlandés.